

III JORNADAS DE LETRAS IBÉRICAS

NOVELA Y PERIODISMO ENTRE ESPAÑA Y PORTUGAL

Por EVA DÍAZ PÉREZ
Académica de la RASBL

Un joven ve caer la madrugada sobre la ciudad. En la redacción huele a tintas urgentes, tabaco y papeles viejos. Estamos en la redacción de la *Gazeta de Portugal* y el joven periodista escribe en la sección titulada “Notas marginales”. Ahí vemos su mirada estrenando el mundo. Y también la ironía y frescura con la que retrata su tiempo. Este periodista que comienza a narrar una época llegará a ser el gran escritor portugués del siglo XIX. Un clásico llamado Eça de Queirós.

En Madrid, otro joven noctámbulo camina por las calles de la ciudad. Se dirige con prisa a la redacción del periódico *La Nación*. También destaca con sus jugosos comentarios políticos y sociales llenos de sarcasmo y dureza, de denuncia y crítica. Estamos ante el joven Benito Pérez Galdós. Nadie imagina –aún– los miles de páginas gloriosas que le quedan por escribir al joven reportero. El gran constructor de esa catedral literaria de nuestra historia que es los *Episodios Nacionales*.

Conmemoramos la tercera edición de las Jornadas de Letras Ibéricas que organiza la Real Academia Sevillana de Buenas Letras en colaboración con la Fundación Saramago y el patrocinio de la Fundación Cajasol. Este año hemos querido dedicar estos encuentros –en los que intentamos crear puentes de unión a través de las letras, de la literatura, del mismo imaginario cultural

que nos une— a dos grandes clásicos de las letras ibéricas: Eça de Queirós y Benito Pérez Galdós.

Queremos colocarlos en un espejo para descubrir cómo coinciden en el reflejo brillante de su literatura, pero también para analizar algunas circunstancias similares en su biografía. En estas jornadas queremos descubrir una faceta menos conocida de ambos autores clásicos: su obra periodística. Porque tanto Queirós como Galdós fueron periodistas en su juventud y continuaron publicando en distintas cabeceras a lo largo de su vida. Confirmando así que el periodismo fue una más de las versiones narrativas de estos dos autores. Nuestros dos grandes novelistas del XIX.

El periodismo fue la plataforma en la que comenzaron a escribir, pero también donde aparecieron sus primeras piezas literarias. En ocasiones, en distintas entregas a modo de folletín como ocurre con algunas novelas de Galdós, y en otras como escaparate de difusión de los cuentos como sucederá con Eça de Queirós.

Qué duda cabe de que la prensa fue también una fuente de ingresos económicos. ¿A cuántos de nuestros escritores no ha salvado el periodismo? Periodistas fueron Blanco White o Gustavo Adolfo Bécquer. Y también Machado de Assis, por ejemplo. Pero, volviendo a Queirós y Galdós, además el periodismo es el laboratorio narrativo en el que ambos escritores experimentan con su prosa. Es como si en las páginas efímeras de la prensa hubieran mostrado su versión más natural, auténtica e incluso comprometida. Y, sin lugar a dudas, lo que permite indagar en las fuentes de su literatura.

La pregunta de estos encuentros y que intentaremos analizar es: ¿Qué influencia tiene el periodismo en la obra literaria de nuestros dos grandes autores? ¿Es sólo una cuestión de oficio de pluma, de versatilidad narrativa, de facilidad en el gimnástico ejercicio de la escritura? ¿O se trata de algo más?

El periodismo es escritura del momento asomada a la realidad inmediata y las escenas de costumbres hicieron que la literatura de ambos estuviera llena de verdad crítica y del palpito de su tiempo. Entonces, ¿qué aportó el periodismo a la literatura de Queirós y Galdós?

El siglo XIX es el tiempo en el que la prensa comienza a tener un valor fundamental en las sociedades democráticas. Desde

el siglo XVIII se había comenzado a crear la opinión pública. Y los periódicos se convierten en la plataforma en la que una sociedad reflexiona, cuestiona, piensa, debate, critica y denuncia. También será el trampolín para hacer propaganda de ideas, ya que muchos partidos políticos lo utilizarán como forma de influencia masiva. En el siglo XIX, en fin, serán una estrategia para la propaganda que tendrá su edad de oro a comienzos del siglo XX, pero también tienen una versión cultural muy destacada. Serán una herramienta de difusión cultural, una forma de llegar al gran público de forma rápida y masiva.

Los escritores se convierten en asiduos de estos medios que ya en el siglo XX se convertirán en los grandes medios de masas, los *mass media*. En este siglo XIX aún es un medio donde hay autores que escriben en los periódicos, de forma circunstancial. Sin embargo, en algunos casos esta presencia es más llamativa e importante, como ocurre con Queirós y Galdós.

Tanto en Eça de Queirós como en Pérez Galdós veremos cómo el periodismo se convierte en inspiración y también en fuente documental. El hecho de estar tan en contacto con la inmediata realidad, en un buen escritor, en alguien que no se detiene en el relato del instante, en la espuma de los días, da como resultado una certera radiografía de su presente.

Y rescato aquí una frase de Pérez Galdós que desvela la importancia del periodista con mirada de escritor capaz de captar el palpito de su tiempo. El cronista que moja la pluma en los apuntes del natural para contar el presente que será historia en el futuro. Escribe Galdós: “[Las crónicas de hechos políticos] han de ser crónicas imparciales, escritas con tal rectitud y reposo, conforme se desarrolla la serie de acontecimientos, que, compilados en otra edad, pueda con ellas hacerse fácilmente historia”.

La primera jornada de Letras Ibéricas está dedicada a Eça de Queirós. Queirós es el gran escritor portugués. Nacido en Póvoa de Varzim en 1845 y fallecido en París en 1900, es un clásico que precisamente este año ha entrado en el Panteón Nacional de Portugal en Lisboa. En su obra monumental debemos citar sin lugar a dudas *Los Maia*, que publica en 1888. Una novela donde describe la decadencia de una familia noble portuguesa en tres generaciones. Además, es autor de *El crimen del padre Amaro*

(1875), *El Mandarín* (1889) o *El misterio de la carretera de Sintra*, entre otras obras.

Eça de Queirós escribió además a lo largo de su vida en periódicos como la *Gazeta de Portugal* (sección “Notas marginales”), *Revolução de Setembro*, *Renascença*, *Diário Ilustrado*, *Diário de Notícias*, *Occidente* y *Correspondência de Portugal*. Fundó la revista *Portugal* junto a otros escritores. Y publicó los folletos periodísticos *As Farpas* –que podríamos traducir como *Las Banderillas*–, deliciosas y audaces crónicas de costumbres que escribe junto a Ramalho Ortigão donde denunciaba la decadencia social y abogaba por un espíritu reformista en la sociedad portuguesa del último tercio del siglo XIX.

Esa producción periodística se publicaría en los libros de artículos y crónicas: *Prosas bárbaras* (1903), *Cartas de Inglaterra* (1905), *Ecos de París* (1905) y *Notas contemporâneas* (1912). En este Eça de Queirós periodista también encontramos la vivacidad, la frescura, la agilidad narrativa, la precisión del adjetivo –justo, certero, sin retórica–, el arte de la pincelada descriptiva, la habilidad de explicar sin rodeos. Todo eso que, sin duda, caracteriza su obra literaria. Incluso ese periodismo de ideas, de crítica social y de finísima ironía que practica en sus crónicas periodísticas y que es claramente una de las características de su estilo novelístico.

Esa sátira costumbrista, la crítica social, la enseñanza y la fábula moral que hallamos en su obra periodística se traslada quintaesenciada o filtrada literariamente a sus cuentos y novelas. Es la crítica de las costumbres políticas reflejadas, por ejemplo, en *El conde de Abranhos*.

Eça de Queirós estudió Derecho en la Universidad de Coimbra y ejerció la carrera diplomática. Fue cónsul general de Portugal en La Habana, Newcastle, Bristol y París. Desde Inglaterra escribe sugestivas crónicas como corresponsal. Son sus “Cartas de Londres” que se imprimieron en el *Diário de Notícias* de Lisboa y luego aparecieron en forma de libro como *Cartas de Inglaterra*, que en España nos recuerdan las *Cartas de Inglaterra* de Blanco White.

Más tarde, cuando sea el cónsul de Portugal en París enviará mensualmente crónicas a la *Gazeta de Notícias* de Río de

Janeiro, pues Brasil será muy importante en la obra de Eça de Queirós. Estas crónicas están publicadas recientemente por la editorial Acantilado con el título *Desde París*. Son crónicas que desvelan frescura, ironía y modernidad. Algunas parecen escritas ahora mismo. Y además está muy presente ese marcado europeísmo pasado por la mirada portuguesa.

Otro aspecto a resaltar es la frescura narrativa de las crónicas viajeras que Queirós publica en la prensa. El escritor portugués viajó a Egipto en 1869 con el fin de redactar una serie de crónicas acerca de la inauguración del Canal de Suez. Y años más tarde, en el otoño de 1882, publicó en *Diário de Notícias* la situación especial que se vivía en la zona a raíz del “movimiento revolucionario nacionalista liderado por Arabi, militar de origen campesino que intentó poner fin al gobierno despótico ilustrado de la dinastía Pachá” y la creación de un protectorado británico. Es curioso lo que sucede entre unas crónicas y otras porque en las escritas en el viaje para ver las obras del Canal de Suez son impresiones pintorescas, muy lúcidas y críticas, pero algo diferentes a las que escribirá después, mucho más comprometidas con la crítica ante la estrategia colonialista británica.

De las primeras crónicas del Eça de Queirós que recorre Alejandría y El Cairo en 1869, cuando se inaugura el Canal de Suez, sorprende esa habilidad para describir el glorioso pasado histórico de esas ciudades y contraponerlo con la realidad de los barrios sórdidos y pobres que contempla. Creo que ahí está el Queirós periodista que observa y denuncia la desigualdad social.

Sobre la ciudad de Alejandría describe con matiz crítico, con un finísimo dardo acerado contra lo injusto:

Es una ciudad humildemente mercantil. Las colonias que la habitan, griegos, italianos, marseleses, se encuentran en ella de paso: oprimen, chupan, engordan, consiguen esclavas en Fayum y se encierran en sus casas pretenciosas, hartos de comida, usura y sensualidad. El movimiento es comercial, rápido, precipitado. Las calles están flanqueadas por almacenes; las carrozas dejan surcos en el barro.

Un fragmento que recuerda la denuncia social que mostraba en sus *Banderillas*, esas crónicas de costumbres que había

escrito con Ramalho Ortigão. Por ejemplo, en la *Banderilla* de enero de 1872:

[Los obreros] Viven en casuchas de pan, donde la lluvia, el viento, la niebla entran libremente, duermen sobre harapos de viejas chaquetas rotas y de antiguas velas inservibles, comen en una gran cazuela –toda la familia– metiendo la mano en un escaso guiso de sardinas y cuscurros de pan de broa.

Este periodismo crítico y social se traslada sin duda a la novela. Ese periodismo está también en los cuadros de tipos sociales, en la capacidad de observación de la realidad que permite el periodismo. En ese evidente laboratorio de inspiración.

Ahí está el concepto de la crónica que hizo el propio Queirós: “La crónica es la conversación íntima, indolente y deslavazada, del periódico con sus lectores. Cuenta mil cosas sin nexo y sin sistema, se desparrama libremente por la naturaleza, por la vida, por la literatura, por la ciudad. Habla de las fiestas, de los teatros, de los atuendos... Habla de todo en voz baja, como en una velada al calor de la lumbre; o como en el verano, en el campo, cuando el cielo está triste”.

Del gran Eça de Queirós Unamuno dijo que con sus ensayos irónicos, a veces humorísticos y hasta sarcásticos, “ponen a toda luz el alma portuguesa”. Y al que José Saramago ensalzó “porque enseñó la ironía a los portugueses”.

Pérez Galdós también fue otro periodista audaz, valiente, atrevido y sarcástico. Se puede decir que el periodismo aportó al escritor una mirada al mundo. Galdós empezó joven en el periodismo. Ya desde su Canarias natal lo vemos escribiendo artículos satíricos en *El Ómnibus* de Las Palmas de Gran Canaria en 1855. A su llegada a Madrid en 1862, comienza a hacer crítica musical, teatral y artística. A eso se añadirán sus múltiples versiones periodísticas, ya que será reportero, corresponsal, director, comentarista político, cronista parlamentario y redactor de sucesos.

Pérez Galdós entra en *La Nación* en 1865 y comienza a escribir de música, con donaire, gracejo e ironía. Ya asoma su pluma certera. Pero también escribe comentarios políticos y sociales llenos de sarcasmo y dureza, de denuncia y de crítica.

Otro aspecto interesante que habría que destacar —y creo que será definitorio de su estilo y que se trasladará a sus novelas— es cómo asoma ya el Madrid de Galdós, esa particular interpretación del alma de la ciudad, la singular cartografía literaria que hace el escritor de la capital y que lo convierte en uno de los autores que mejor la ha definido. Porque igual que existe un Londres de Dickens, una Praga de Kafka, una Sevilla de Cernuda o una Lisboa de Pessoa, hay un Madrid galdosiano que reconocemos a la perfección. Ese Madrid de calle y plazuela, de cafés y botillerías que asoma en sus novelas, pero cuyos orígenes adivinamos ya en estas crónicas callejeras, en este primer periodismo local que vemos en estas páginas del Galdós que escribe en el diario *La Nación*.

De alguna forma, Galdós inaugura las bases de ese periodista moderno que representará años más tarde el sevillano Manuel Chaves Nogales quien definió el oficio del periodismo basado en dos verbos: “andar y contar”. Toda una declaración de intenciones ajena al viejo periodismo decimonónico del trabajo de salón, de silla y de retórica excesiva y rimbombante.

En este repaso a la naturaleza y los orígenes periodísticos del escritor no podríamos olvidar al Galdós que frecuenta las crónicas de sucesos. Por ejemplo, como ocurre con el famoso crimen de la calle Fuencarral sucedido en la noche del 1 de julio de 1888. Galdós fue durante un tiempo redactor de tribunales y los sucesos, crímenes y folletines de sangre serán una de las materias que alimenten algunos de sus argumentos novelescos. Podríamos afirmar que el periodismo le sirve como inspiración literaria.

Sin embargo, Galdós no cae en los males, pecados y fragilidades con los que nació el periodismo de la hiperrealidad. De hecho, será un periodista muy crítico con el periodismo moderno en sus versiones más sensacionalistas, con esa tendencia al morbo con la que nace esta especialidad del periodismo informativo que ya en los tiempos de Galdós inauguraba todos los pecados de nuestra época. Más aún, Galdós aprovechó algunos de estos casos para denunciar el papel de la prensa sensacionalista, así como las debilidades que encontraba en el proceso judicial o en las condiciones terribles del régimen penitenciario.

Hay ejemplos del tono crítico que nos muestra el Galdós que reflexiona sobre la ética periodística. Escribe en 1888:

Estamos ahora los españoles bajo la influencia de un signo trágico. Los grandes crímenes menudean. En vano se buscarían en la prensa acontecimientos políticos o literarios. Los periódicos llenan las columnas con relatos del crimen de la calle de Fuencarral, del crimen de Valencia, del crimen de Málaga; los *reporters* y noticieros, en vez de pasarse la vida en el salón de conferencias, visitan los juzgados a todas horas, acometen a los curiales atosigándoles a preguntas, y con los datos que adquieren, construyen luego la historia más o menos fantaseada y novelesca del espantoso drama.

Desde luego, parece que Galdós estuviera escribiendo para ahora mismo.

Otra de las particularidades de este Galdós periodista de sucesos es el que nos descubre su modernidad, el intento de objetividad. Galdós acude a las fuentes porque entrevista a los implicados en el crimen. Es esa cercanía de la realidad que tiene toda la obra novelística de Galdós. Es ese respeto casi sagrado a la realidad pues en muchas de sus obras literarias descubrimos la relevancia que tiene el dato certero: la calle como escenario real o los establecimientos descritos como en una crónica periodística.

Por esa razón, es un escritor que se convierte en un magnífico documentalista de su época. Y todo eso sin que sus novelas pierdan el aire y la excelencia literaria. Creo que si alguna vez desapareciera el Madrid que nos queda del siglo XIX, se podría recuperar tan sólo leyendo las novelas de Galdós. Y eso sería porque bajo el escritor literario seguía vivísimo y brillante el periodista que siempre fue.

Pérez Galdós hizo también un estupendo periodismo de costumbres heredando esa narrativa crítica de Mariano José de Larra. Ese periodismo de análisis y reflexión crítica de la sociedad. Un periodismo que no pasa de puntillas sino que se convierte en incómodo. Como debe ser el periodismo.

Ese periodismo de costumbres también le permitió aprovechar narrativamente otro aspecto del periodismo de calle. Y es

que Pérez Galdós tenía un especial oído del natural. Es algo que descubrimos al leer los jugosísimos diálogos de sus novelas. Creo que eso se debe a su experiencia de callejero, de frecuentador de cafés y tabernas, de paseador de mercados y mentideros. Ese Galdós atento a la calle, que oye al pueblo y anota en su cuaderno de periodista lo que luego llegará destilado literariamente en sus novelas.

Hoy leemos los *Episodios Nacionales* para entender qué sucedió en el siglo XIX en clave histórica. Y leemos *Fortuna y Jacinta*, *La de Bringas* o *Tristana* para pasear por esa España decimonónica. Hizo del periodismo una fuente documental histórica que luego quintaesenció y destiló literariamente para convertir en novela.

Galdós describió de forma excepcional el oficio de periodista. Es un Galdós escritor ya veterano, escéptico y descreído que reflexiona sobre el joven periodista que fue sin prescindir de la crítica a su orgullo juvenil:

Padecí, como tantos, ese sarampión de las letras, que consiste en la fiebre del criticismo impertinente [...] lancé a la publicidad innumerables escritos de ciencia literaria; me metía con todo el mundo, daba consejos a los mayores de edad, saber y gobierno, y sostenía con pueril gravedad los mayores desatinos. Verdad que nadie me hacía caso y por esto, sin duda, llegué a comprender que por aquel camino no se iba a ninguna parte. Rasgué mi toga de juececillo literario y busqué en la reflexión y en el trabajo la senda verdadera.

No todos los periodistas son capaces de analizarse con tanta verdad y sinceridad. Pero sí lo hizo Galdós descubriendo la que debe ser la principal lección para el periodista: sé humilde porque lo que escribes hoy se olvidará al día siguiente. El, sin embargo, trascendió esa crónica del instante gracias a sus páginas inmortales. Y aquí lo tenemos convertido hoy en un clásico absolutamente vivo.